



Volcán descubriría sepulcro de la dama de Elche

¿Estará en las inmediaciones de Lonquimay el buscado sepulcro de la dama de Elche? Lafourcade y Lonquimay, dos volcanes que hacen noticia.

Enrique Lafourcade es un volcán. En erupción, tira piedras, lava encendida... El magma de su verbo recorre las faldas de la literatura. Canta "Jirante" en la Plaza del Mulato Gil de Castro, no como José Mejica, pero sí con una entonación y fervor que sorprenden. En ese mismo centro hace bailar a los partidarios del sí y del no. Se reconcilian. Canta tangos: "hay un faelle que rezonga, en la cortada mistonga..."; confunde las letras; escribe sobre gatos (interesado particularmente en el gato de Cheshire, ese mamífero que empieza a desaparecer por la cola y al final sólo queda en el aire su sonrisa, Lafourcade se interna en la biografía de Lewis Carroll), sobre perros y busca, cual alquimista moderno, la piedra filosófica de la cocina erótica; sigue escribiendo, viernes a viernes, domingo a domingo, diariamente; tiene mucho que decir; en su erupción arroja piedras que caen sobre los cimientos de la crítica o sobre el templo de Fénix en Esmirna o en Temuco; sus dardos de lava ardiente apuntan, sin miramientos, al corazón de los políticos inescrupulosos, traspasa a los aprovechadores públicos, lacera las conductas amorales...

Apagado el volcán, Lafourcade es un escriba sentado a la puerta de su casa que ve pasar el "cadáver exquisito". Recibe insultos y piedras; "¡máren quién habla!", "¡y qué se mete el si nunca hizo nada por nosotros!"; trata de apagar las furias, lo critican más; participa en la Feria Nacional del Libro, recuerda a Enrique Lihn; asiste a los cementerios, él le llama a los vivos "mas verdugos", es la tranquilidad en persona...

Son los dos Lafourcade que conocemos y que vemos juntos en su última novela "Las señales van hacia el sur": David (el volcán en erupción, el aventurero) y Pablo (el sosiego, la mesura). Lamentamos no poder decir, como se ha dicho, que es lo mejor que Lafourcade ha escrito. Reconocer eso es decir muy poco de su quehacer literario. La obra del novelista es de largo aliento. Diremos, sí, que es el mejor retrato que se ha hecho de David. Un conocido ensayista de esta plaza nos dice en el Metro que "Enrique abusó de la grosería en esta novela, con eso echó a perder toda la poesía que pretendía crear...". No compartimos su juicio. La definición de David es precisamente su soltura, su espíritu alocado, su vivir errante; su búsqueda frenética de la "dama de Elche"; por el sur y por el norte, es a golpe de sol y de agua, de vino tinto, psico y marihuana. Por el contrario,



Enrique Lafourcade y su novela

Pablo no dice un solo garabato en toda la novela. No lo necesita. Es el contrapunto. Es posible, tal vez, que el autor abuse del recurso, pero todo es posible en la narrativa actual...

Estamos escribiendo esto cuando aparece el mismísimo Enrique Lafourcade. Recuerda, sonriendo, que una dama entró a una librería a preguntar si tenían la novela "Las señales van hacia el sur".

— ¿Cómo están las señales, Enrique?

— Habría que preguntarle al sur.

— ¿Y las señoras?

— Distingo entre dos clases de damas: la de Elche, impar, irrepetible; y las damas de Elqui...

— Hay más misterio en Elqui...

— Las de Elqui son casi todas señoras separadas y la de Elche es una dama enterrada...

— ¿Enterrada de todo lo que pasa en el país?

— Le recuerdo que ella habita en el país de Nunca Jamás y que como enterrada es eterna.

— Tiene la edad de Peter Pan y la de Alice.

— Conoci en Antofagasta hace unos diez años al gerente del agónico ferrocarril Antofagasta-La Paz. Se llamaba Barry, le pregunté casi en broma si era pariente de James Barry, el autor de Peter Pan, para mi sorpresa dijo que sí, que era hermano de su padre...

— ¿Le conoció alguna Campanita?

— No, pero sí era un melancólico inglés de campanillas...

— Un Barry plateado por la luna...

— Estos nostálgicos siempre conclu-

yen devorados por un cocodrilo...

— Las señales del volcán Lonquimay también van hacia el sur. ¿Le dicen algo?

— Las estoy estudiando. Creo que indican con bastante precisión el sepulcro de la dama de Elche...

— ¿Hay ahora alguna señal más clara del sitio del sepulcro?

— Le advierto que se trata de una muerta sonámbula, como Nadja. Con la ayuda del Servicio Nacional de Turismo confío en que muy pronto todos puedan encontrarlo.

— ¿De qué grado fue el terremoto con su dama de Elche?

— Fue precedido de ruidos subterráneos y sismos menores hasta que me llegó al paro-sismo y casi al paro cardíaco. En verdad fue un "animamoto". El terremoto del alma que descubriera Jopau Edwards Bello.

— El Volcán Lonquimay podría dejar al descubierto el sepulcro de la Dama de Elche.

— Ella es ubicua. En realidad es un venadito, un pudú...

— ¿Todos los personajes de la novela están enterrados ahí?

— La tumba sin sosiego en verdad es la memoria que tiene forma de una lágrima, tal como la describe el héroe David, el iracundo.

Se va Lafourcade. Tiene cierta similitud con el gato de Cheshire. Ha desaparecido, pero en el aire flota su sonrisa.

• Samuel Valenzuela Y.

Volcán descubriría sepulcro de la dama de Elche [artículo]

Samuel Valenzuela Y.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Valenzuela, Samuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Volcán descubriría sepulcro de la dama de Elche [artículo] Samuel Valenzuela Y. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile